

Isabella Cosse

**Mafalda: historia  
social y política**



Primera edición, 2014

---

Cosse, Isabella

Mafalda: historia social y política. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014.

313 p. : il. ; 23x16 cm. - (Sociología)

ISBN 978-987-719-024-3

1. Estudios Culturales. 2. Historia Social.

CDD 306

---

Ilustraciones 1, 2, 3, 4 (parte 3), 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 27, 28, 29, 33, 34 y 35 © Joaquín Salvador Lavado (Quino). Las ilustraciones se reproducen con autorización del autor.

Ilustración 31 © Jorge Tovar. Se reproduce con autorización del autor.

Armado de tapa: Hernán Morfese

Imagen de tapa: Estatua de Mafalda en San Telmo, Buenos Aires, de Pablo Irrgang. Foto de Isabella Cosse.

Foto de solapa: Mariana Lerner

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-024-3

Comentarios y sugerencias: [editorial@fce.com.ar](mailto:editorial@fce.com.ar)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

# Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	17
I. <i>Marcas de origen: clase media, modernización y autoritarismo</i>	33
Quino encuentra a Mafalda y <i>Mafalda</i> , un público	36
Familia, género y generaciones	42
Desestabilizando la frontera público/privado	53
“¿Venimos a ser clase media?”	57
Una clase media densa y heterogénea	61
Identidad de clase media	77
II. <i>Mafalda controversial: entre la radicalización y el terrorismo de Estado (1968-1976)</i>	83
Una historieta fuera del cuadro	85
Frente a la radicalización y el compromiso político	100
La lucha armada y el arma del humor	110
La política de lo cotidiano	120
Despedida de un mundo perdido	125
<i>Mafalda</i> en medio de la polarización y la violencia política	133
III. <i>La escala transnacional: circulación, apropiaciones y resignificaciones</i>	141
Italia: una <i>bambina</i> contestataria abriéndose mundo	144
En España, el emblema antiautoritario del Sur	157
<i>Mafalda</i> en México: antiimperialismo, rebeldías y auge de lo latinoamericano	169

IV. <i>Una contestataria durante el terrorismo de Estado y la restauración democrática</i>	185
La masacre de los palotinos	187
Publicar y leer <i>Mafalda</i> en dictadura	195
Entre el consenso autoritario y la apertura democrática	210
En la cúspide: el compromiso político con la democracia	216
V. <i>El mito de Mafalda: comuniones, espacios, rituales</i>	227
Consagración global en el contexto neoliberal	228
El Mundo de Mafalda	233
Completando el giro: <i>Mafalda</i> en Cuba	239
Nostalgias de una generación	244
La crisis agiganta el mito	251
Espacios de peregrinación	257
Un personaje de carne y hueso	263
<i>Conclusiones</i>	273
<i>Bibliografía</i>	283
<i>Lista de ilustraciones</i>	301
<i>Índice de nombres</i>	305

*Para Emilio y Tomás.*

## Agradecimientos

EL PROYECTO de este libro fue haciéndose casi solo. Me había ocupado de *Mafalda* en mi tesis de doctorado —sobre los mandatos familiares en los años sesenta—, pero sabía que me debía un estudio detenido. Comencé escribiendo un primer artículo que se alargó y me condujo, luego, a un nuevo desarrollo. El trabajo fue creciendo a medida que constataba la importancia del fenómeno e intuía algo original en mi mirada. Así, lo que empezó siendo un breve desvío fue convirtiéndose en una investigación de más largo aliento. Pude entregarme a esa intuición gracias a mi condición de investigadora de carrera del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IEGE) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Disfruté de cada paso de ese recorrido. *Mafalda* colaboró para que eso sucediera. Las figuras de papel y tinta, creadas por el genio de Quino, invadieron mi cotidianidad. Me encontré riéndome sola, sin poder evitarlo, aun en ocasiones inconvenientes. La historieta también hizo de salvoconducto; me abrió puertas. Hubo, por cierto, tramos exigentes, incluso oscuros, que fueron estimulantes por las potencialidades de superarlos. Pero, también, pude disfrutar esta investigación porque, al hacerla, dialogué con las preocupaciones de colegas y porque me enriquecí con las personas que conocí y que me ayudaron a lo largo del camino. Quiero agradecerles.

La oportunidad para ocuparme de *Mafalda* se configuró en 2009, cuando, con Karina Felitti y Valeria Manzano, convencidas cada una en nuestros propios recorridos sobre las potencialidades de estudiar el humor y de entrelazar lo político y lo cotidiano, elaboramos un proyecto

que fue financiado por el Fondo Nacional de las Artes. En 2010, organizamos unas jornadas de trabajo (“Risas en la historia. Vida cotidiana, familia, género y sexualidades en la Argentina a través del humor, 1910-2010”) que contaron con el auspicio del Programa en Historia de la Universidad de San Andrés, el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín y el IIEGE de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Presenté, allí, un primer avance en el que recibí los comentarios de Oscar Steimberg y numerosas preguntas del público, y aprendí de las discusiones colectivas. Ese texto se había nutrido de mi participación en el Programa de Estudios sobre Clases Medias —del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)—, el que Sergio Visacovsky, su director, me había invitado a integrar un año antes. Presenté una versión revisada del primer texto en el II Seminario de Discusión: Investigación Histórica y Etnográfica sobre las Clases Medias en la Argentina (Buenos Aires, IDES, 2010), en donde Gonzalo Aguilar, con generosidad, aceptó comentarlo. Me beneficié de su atenta lectura y de las sugerencias de los participantes. En 2013, en el mismo programa, una versión inicial del capítulo II de este libro mereció una discusión profunda con sugerentes comentarios de colegas que han enriquecido, a lo largo de estos años, mi conocimiento sobre la clase media. Esa misma versión había sido discutida, en 2012, en el Seminario de Historia Reciente, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, coordinado por Eugenia Allier. La lectura de los colegas mexicanos fue de suma importancia para pensar *Mafalda* a escala latinoamericana. Un avance más extenso de ese desarrollo se benefició con una larga y productiva reunión en el Núcleo de Historia Reciente del IDAES en la Universidad Nacional de San Martín, coordinado por Marina Franco y Valeria Manzano. Recibí preguntas lúcidas y sugerencias de mucho valor a la versión final del capítulo I por parte de los integrantes del Grupo de Trabajo Historia de las Familias y las Infancias, que coordinó junto a Carolina Zapiola, en el marco del IIEGE de la UBA y de la Universidad Nacional de General Sarmiento. El argumento desplegado en el primer capítulo cobró fuerza con los requerimientos de los evaluadores anónimos de la *Hispanic American Historical Review* y en el proceso de factura del artículo publicado en dicha revista, en el que conté con la edición maestra de John D. French y Sean Mannion y la inmejorable traducción y compañía de Laura Pérez.

Mi incursión en el campo de estudio del humor gráfico y la historieta fue amablemente recibida por parte de las colegas que lo están creando. Marcela Gené me ofreció su generosa guía para el análisis de las imágenes gráficas. Florencia Levín compartió conmigo piezas de valor halladas en

su propia investigación de doctorado. Laura Vázquez me facilitó contactos y espacios de discusión, y Claire Latxague me permitió leer su tesis inédita al igual que Mara Burkart, quien, además, realizó valiosos comentarios a un avance del capítulo II. Conté, también, con el apoyo entusiasta de Judith Gociol desde mis primeras búsquedas de material, que luego se beneficiaron con la constitución del Archivo de Historieta y Humor Gráfico Argentinos, coordinado por ella. Allí, conocí a José María Gutiérrez, quien me sugirió pistas de gran valor. Aprendí, como tantas otras veces, de la inmensa sabiduría y generosidad de Emilio Burucúa.

No ha sido menos importante el diálogo con colegas de otros campos de estudio, además de los ya mencionados. Puedo reconocer en el empeño de pensar socialmente el humor las muchas conversaciones con Lila Caimari sobre la intersección de lo cultural y lo social. Conté, también, con sus comentarios a una versión inicial del primer capítulo y con su entusiasmo de siempre. Al trabajar, estuvieron presentes las discusiones que había mantenido, tiempo atrás, con Eduardo Míguez, director de mi tesis de doctorado, sobre la clase media, y las conversaciones con Dora Barrancos sobre el desafío de incorporar la dimensión de género para comprender los procesos políticos. Por otra parte, me sentí afortunada por tener la guía de Mauro Pasqualini. Evitó que me perdiera cuando decidí entrometerme con la historia italiana y me tranquilizó con su atentísima lectura del capítulo III. Una ayuda de igual importancia me ofreció Susana Sosenski con sus comentarios a la sección mexicana de ese mismo capítulo y Rebekah Pite con su prolija lectura de un avance inicial del capítulo I.

Quiero expresar mi gratitud a cada uno de ellos por haberme permitido contar con su ayuda inestimable. Me siento dichosa de verme inserta en espacios académicos estimulantes y de disponer de una trama densa de colegas capaces de ayudarme generosamente con ideas, preguntas y sugerencias. Es una satisfacción, también, que este libro sea editado por Fondo de Cultura Económica. Con su entusiasmo por el proyecto, Alejandro Archain me ofreció la seguridad que requería mi trabajo en el impulso final. Asimismo, es una fortuna tener a Mariana Rey, con toda su experiencia, a cargo de la etapa de edición. Mi agradecimiento para ambos.

Los archivos consultados fueron múltiples. Daniel Divinsky, quien aceptó pacientemente que lo entrevistase en tres ocasiones, me permitió revisar el archivo de Ediciones de la Flor. Julieta Colombo me posibilitó acceder a las carpetas de prensa de los años sesenta y setenta del archivo personal de Quino, y Alba Lampón, cuya ayuda agradezco aparte, hizo lo mismo con las carpetas correspondientes a los últimos años. Claudio Martyniuk me habilitó la consulta del archivo del diario *Clarín*. Sergio Morero me puso en con-

tacto con Patricia Reynal del Centro de Documentación de la Editorial Perfil. Miriam Mohamed me ayudó en el Centro de Documentación del Círculo Sindical de la Prensa y la Comunicación de Córdoba. Andrea Guiu lo hizo en el archivo del diario *La Voz del Interior* de Córdoba. Antonio Torres, del Club del Cómic, me permitió consultar su colección de revistas y juguetes inhallables. Ana María Alonso, del archivo del diario *Río Negro*, tuvo la gentileza de enviarme los materiales digitalizados. Lo mismo hicieron Vanessa Fuentes con los materiales de prensa de Tusquets en México y Juan Carlos Blanco, del Centro de Documentación del diario *El País* de Madrid. Tuve la suerte de encontrarme con la amabilidad de Mónica Sancho en el archivo de *La Vanguardia*, en Barcelona, y de Eduardo Zuñiga en el Centro de Documentación del diario *Excélsior* en México. El doctor Pablo Yadarola, a cargo de la Secretaría 23, del Juzgado Criminal y Correccional Federal número 12, me permitió consultar la causa por el asesinato de los sacerdotes palotinos allí radicada y, para ello, Karina Bearzi me facilitó su ayuda. Conté con la colaboración de Verónica Cánepa, del Archivo de la Biblioteca de la Universidad Torcuato Di Tella, y de las y los bibliotecarios de las bibliotecas del Instituto Ravignani y del IIEGE de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, de la Universidad de San Andrés, de la Biblioteca Nacional y del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina. Siento profunda gratitud con cada uno de ellos, porque mi trabajo no hubiera sido posible sin esas fuentes y documentos.

La investigación se apoyó en el subsidio al Proyecto de Investigación Plurianual “Un estudio microhistórico de la formación de las parejas (matrimonio y uniones consensuales) en la ciudad de Buenos Aires (1969-1975)”, otorgado por el CONICET, y contó con la ayuda de la Hada and Rupert Foundation. Pude realizar entrevistas y consultar diarios y archivos en la Ciudad de México porque aproveché una invitación del Instituto Nacional de Antropología e Historia para participar del Coloquio “Los niños: fuentes y perspectivas”, coordinado por Delia Salazar y Eugenia Sánchez Calleja. No pude viajar a Italia y España. Hice, entonces, uso intenso de las hemerotecas digitales y de las tarjetas telefónicas. Pero no hubiera podido, lo sé bien, dotar al estudio de una escala transnacional sin la ayuda decidida de Giulia Venturi en Verona, Guillermo Aquino Falfan en la Ciudad de México, David Candami en Barcelona y Caitlin Reilly en Washington. En Buenos Aires, Inés Ibarlucía tuvo igual importancia. Me apoyó con inteligencia y compromiso en el relevamiento de un archivo que crecía sin cesar y prolongó mi obsesión en el control de la edición. Conté, también, con el auxilio puntual de Claudia Patricia Ríos en La Plata y de Cristina Fuentes en Córdoba. Por su parte, Esther Ace-

vedo, Paula Alonso, Paulina Brunetti, Martín Bergel, Avina Celotto, Julietta Di Corleto, Christine Ehrick, Silvia Finocchio, Ana B. Flores, Micaela Libson, María Inés Loyola, Alejandra Oberti, Coleta Ravoni y Ana Lía Rey me acercaron materiales y me facilitaron conexiones y datos. Deseo expresarles a todos mi genuino agradecimiento.

Mis ideas se nutrieron de las entrevistas entabladas a lo largo de la investigación. Fue un placer conocer a Quino y poder entrevistarlo. Quiero, aquí, nuevamente, agradecerle la posibilidad de disfrutar de su amabilidad e inteligencia. Igual de grato fue conversar con Alicia Colombo, su esposa y representante. Pero, además, siento un profundo agradecimiento por la autorización para reproducir las imágenes de sus dibujos, sin las cuales mis argumentos habrían perdido claridad y este libro no sería el mismo. Alba Lampón fue quien hizo de nexo. Tuve la suerte de encontrarme con esa psicoanalista y socióloga que comprendió desde el primer momento mi objetivo. Me regaló su amistad y me iluminó en cada una de nuestras charlas. No imaginé, cuando la conocí, que tenía a su lado a Sergio Morero, un periodista de estirpe cuya memoria, también, nutrió mi comprensión. Conocer los recuerdos y las ideas de quienes editaron *Mafalda* fue central. Como mencioné, Daniel Divinsky aceptó que recurriese a su ayuda en varios momentos de esta investigación. Asimismo, fueron de mucha importancia las conversaciones mantenidas con Vanessa Fuentes y Verónica Flores, de Tusquets en México; con Sealtiel Alatríste y Guillermo Schavelzon, editores de la historieta en los años setenta en ese país; con Iván Giovannucci, representante de Quino en Italia, y con Claudio López de Lamadrid, de Mondadori en España. No menos valiosas fueron las entrevistas con los periodistas Norberto Firpo, Andrew Graham-Yooll, Sergio Suppo, Carlos Torrenge y Luis Tovar, y con “Chiche” Linari, agente de prensa. Tuvo una significación especial poder conversar con Rodolfo Capalozza, sacerdote de la congregación de los palotinos, y con los laicos Rolando Sabino y Francisco Chirichella, de la parroquia de la orden en Belgrano. Ellos me ayudaron a atravesar y comprender el episodio más duro, más difícil, de esta historia. Por su parte, fueron de mucha riqueza los diálogos con Pablo Irrgang, Pablo José Hernández, Eduardo Longoni, Juan Sasturain, Miguel García y Jorge Tovar, artista mexicano a quien debo agradecerle, además, la gentileza de haber autorizado la reproducción de la imagen de una de sus obras. Mención especial merecen las lectoras y los lectores de *Mafalda*, a quienes no identifiqué en resguardo de su intimidad, que me permitieron conocer su historia y auscultar las derivas subjetivas de la lectura. Siento profunda gratitud porque me entregaron su tiempo, sus recuerdos y me recibieron con calidez. Haberlos conocido fue uno de los placeres de esta investigación.

Con *Mafalda*, como nunca antes, mi objeto de estudio se volvió atractivo en reuniones sociales y encuentros casuales. Esas conversaciones ocasionales fueron estimulantes. No puedo recordar a cada persona, pero quiero mencionar a quienes me acompañaron, me ayudaron y entendieron mi obsesión mafaldesca. Entre los que todavía no he nombrado están: Mariana Alcobre, Paula Bruno, Marcela Cerruti, Rosa Czerniuk, Ana Rita Díaz, Verónica Devalle, Mateo García Haymes, Mercedes García Ferrari, Sandra Gaylor, Patricia González, Karin Grammatico, Valeria Llobet, Vania Markarian, Daniel Mingorance, Emiliano Nuñez, Sandra Olstein, Valeria Pita, Cristiana Schettini, Amanda Salvioni, Leandro Stagno, Carla Villalta y José Zanca. También disfruté de las largas discusiones sobre *Mafalda* en las sobremesas familiares del verano y de contarles a mis padres, Gustavo y Silvia, sobre este proyecto. Valoré especialmente la ayuda de Marta Crenzel, el entusiasmo de Mariana Cosse e Isabel Larghero y la complicidad de Rafael Grompone, quien aceptó traerme las pesadas ediciones italianas de *Mafalda*.

Esta investigación no sería un libro si no fuese por Emilio Crenzel. Él, mi testigo del público anti-Mafalda, me convenció de su importancia. Discutió conmigo los argumentos sustantivos de mi interpretación, revisó cada página cuando notó mi cansancio, y me rodeó con su amoroso cuidado. Tomás tenía dos años cuando me asombró la atracción que le generaba la figura de Mafalda en la tapa naranja del libro de tiras inéditas. Hoy me sorprende con sus preguntas, pero, sobre todo, me complace descubrir en él un sentido del humor que le es propio. Estas páginas están dedicadas a ellos, mis tesoros.

## Introducción

EN BUENOS AIRES, nadie podría eludirla. Sus ojos vivaces siguen a los transeúntes apurados que recorren los túneles del subte. Ellos podrían encontrársela, también, sentada, rodeada de visitas, en pleno barrio de San Telmo o acompañada de niños en la plaza que lleva su nombre en Colegiales. También está en otra plaza en Mendoza cuya denominación le rinde homenaje. Su mirada sobresale en cualquiera de los atiborrados quioscos de Rosario, Córdoba o Tucumán. Lo mismo sucede en los puestos callejeros en donde su imagen está impresa en remeras, imanes y cajitas acompañada por el “Che” Guevara, Evita y Gardel. Sin dudas, *Mafalda* es un ícono argentino. Es una figura y una tira con una significación social, política y subjetiva ineludible a la hora de entender el país y a los argentinos.

Cincuenta años atrás, cuando nació, *Mafalda* no ocupaba ese lugar. En 1964, la revista *Primera Plana* se congratulaba de lanzar una tira de humor de Quino —seudónimo de Joaquín Salvador Lavado—, quien ya era un reconocido humorista. Él no imaginó, en ese momento, que su creación sería un éxito sin precedentes. Pero, poco después, los lectores comenzaron a recortarla para pegarla en cuadernos y en las paredes de las oficinas o las vidrieras de los negocios. Advertido de esa situación, Jorge Álvarez —el célebre editor de los años sesenta— lanzó, en 1966, la primera edición de la historieta en formato libro, que se agotó en un día, y alcanzó los 25 mil ejemplares vendidos en el primer mes. Las siguientes ediciones se agotaron con igual rapidez. Para 1968, se habían vendido 130 mil ejemplares de las tres primeras compilaciones y, a fines de ese año, la tirada de *Mafalda 4* ascendió a 70 mil. Pero sus lectores eran muchos más, porque la historieta, además, era reproducida en diarios de diferentes provincias del

país. Algunos calcularon que, para entonces, era leída diariamente por 2 millones de personas. Más allá de la posible exageración, la cifra daba cuenta de que *Mafalda* se había convertido en un fenómeno social.<sup>1</sup>

La historieta, rápidamente, trascendió las fronteras. En 1969, una compilación, prologada por Umberto Eco, cautivó al público italiano. En 1970, sucedió lo mismo en España y luego, en 1972, fue publicada en Alemania, Francia, Finlandia y Portugal. En ese momento, ya se había comenzado a distribuir en toda América Latina. En 1973 se conoció la adaptación para la televisión. En México, en 1975, comenzó a publicarse en el diario *Excélsior* y luego se editaron colecciones completas que se distribuyeron en las grandes tiendas Sanborns. En los años noventa, una producción cubana llevó al cine una nueva animación de la tira y se realizaron exposiciones sobre *Mafalda* en Argentina, España e Italia. Hasta la actualidad, ha sido traducida a cerca de 20 idiomas, siguen agotándose sus ediciones y penetrando en nuevos mercados y públicos que incluyen China, Corea e Indonesia.<sup>2</sup> Hoy también está disponible para Kindle e iPad, y tiene cuenta oficial de Instagram y Twitter.

¿Cómo se explica este éxito y perdurabilidad de *Mafalda*? ¿Cuáles fueron sus sentidos sociales, políticos y culturales a lo largo de cincuenta años? Estas dos preguntas —diferentes pero relacionadas— estuvieron en el origen de este libro, cuando me decidí a escribir una historia de la tira. Es decir, las relaciones sociales, los dilemas políticos y las dimensiones culturales y económicas que explican por qué *Mafalda* cobró vida fuera de los cuadros y aún hoy está con nosotros. La historieta está por cumplir medio siglo. Pero este no es un libro celebratorio, ni un escrito de ocasión. Siento una profunda admiración por Quino y su producción —que ha recibido merecidos homenajes que no dejarán de multiplicarse—, pero aquí me he propuesto realizar una historia social y política de *Mafalda*.

El medio siglo de *Mafalda* no podría tener más significación para nuestro presente. La tira surgió en un mundo en donde los jóvenes latinoamericanos podían recordar las luchas de los sectores populares por sus derechos sociales y políticos y los europeos, los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. En ambos lados del Atlántico, las generaciones de posguerra vivían tiempos de crecimiento económico y expansión de los derechos sociales sin precedentes que les permitieron distanciarse —como nunca antes había sido posible— de las experiencias de sus mayores. Esas

<sup>1</sup> Véase Quino, *El mundo de Mafalda*, Barcelona, Lumen, 1992, pp. 18-64; “Esperable éxito inesperado”, en *Adán*, febrero de 1967, p. 25; “Mafalda, niña terrible se ofrece”, en *Confirmado*, 28 de febrero de 1968, p. 28; y entrevista de la autora con Daniel Divinsky, director de Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 22 de marzo de 2010.

<sup>2</sup> Quino, *El mundo de Mafalda*, *op. cit.*, pp. 18-64.

generaciones protagonizaron, en los años sesenta, revueltas políticas y culturales a través de las cuales los sueños utópicos parecían a punto de realizarse. Las luchas contra la hegemonía estadounidense permitían imaginar un nuevo orden mundial. América Latina, integrada al vigoroso Tercer Mundo, encabezaba esas esperanzas. La Revolución Cubana conmovía a la izquierda latinoamericana en sociedades donde la expansión de las clases medias hacía más visible la exclusión histórica de las clases populares. La movilización social y política recorrió un continente en el que la revolución parecía inminente. El optimismo trocó rápidamente en desesperanza. La crisis del petróleo, en 1973, simbolizó el deterioro estructural de la economía capitalista y un nuevo comienzo signado por su reordenamiento neoliberal. En nuestro continente, la desestructuración de los Estados de bienestar estuvo impulsada por las feroces dictaduras que regaron de muertos el Cono Sur. En los años noventa se instalaron la desafiación social, la exaltación del individualismo y la privatización, que recién fueron puestas en entredicho en el último decenio con un nuevo escenario político y social.

Este libro recorre esas décadas centrales de la historia reciente. Lo hace siguiéndole la pista a *Mafalda*. Parto del presupuesto de que su significación social y política la convierten en una original puerta de entrada a la comprensión de esas conmociones políticas, sociales y culturales de ese medio siglo. La reconstrucción seguirá el periplo del personaje que encarnó a las nuevas generaciones contestatarias y a la historieta que fue leída, discutida y usada como una representación emblemática de la clase media. Ello coloca el epicentro de estas páginas en ese sector social y, por supuesto, en la sociedad argentina. Sin embargo, considero que el fenómeno trasvasó esos límites: la popularidad de la tira sobrepasó Argentina, *Mafalda* trascendió su origen clasemediero y el humor de Quino iluminó la condición humana. De este modo, mi reconstrucción apunta a un espacio social, político y moral que surgió en la intersección de la clase media y la contestación generacional de los años sesenta, pero que traspasó esos marcos nacionales, sociales y generacionales. No desconozco la complejidad de este punto de partida. Con el desafío de abordarla, estas páginas asumen tres apuestas conceptuales y metodológicas: pensar la retroalimentación entre lo simbólico y lo material, valorizar la intersección de lo doméstico y lo político, y considerar el humor como una rica vía para el estudio histórico.

La primera apuesta retoma una larga tradición de estudios. El título del libro es, intencionalmente, tributario de los primeros esfuerzos por hacer de la cultura un objeto de análisis de lo social. No es mi intención dar cuenta aquí de las producciones por las cuales esta preocupación se

inserta en un instalado —y discutido— campo de estudios. Pero quisiera explicitar de dónde provienen mis apuestas de trabajo. Por un lado, esta historia se pregunta por la relación entre lo material y lo cultural en el sentido de la historia social. Al escribirla me he servido de Raymond Williams y, con él, asumo que la producción cultural es en sí misma un elemento decisivo de la constitución de lo social. En sus términos, la cultura está mediada por relaciones sociales que la hacen posible al mismo tiempo que constituye un “sistema significante” que comunica, reproduce e interpela al orden social.<sup>3</sup> Este presupuesto abre dos problemas que aquí me he planteado: entender el surgimiento de una expresión artística y dilucidar sus “mediaciones”, sentidos y efectos sociales. Por el otro lado, incorporo aquí los desafíos de pensar activamente a quienes leen, usan y experimentan las producciones culturales. Desde este ángulo, retomando a Carlo Ginzburg y Roger Chartier, he intentado entender qué significaciones y qué usos asumió mi objeto cultural para diferentes sujetos —colectivos e individuales— y cómo fueron variando en cada contexto histórico.<sup>4</sup> Con estas inspiraciones, apunté a una reconstrucción histórica de la producción, la circulación y la resignificación de *Mafalda*. Para ello, la consideré una representación —producida y encarnada en prácticas y objetos— que la convirtieron en un fenómeno social que trabaja sobre materiales de la sociedad, pero, al mismo tiempo, que opera sobre ellos.

Esta perspectiva de la historia cultural se entronca con la tradición de la historia social que en las últimas décadas ha renovado las investigaciones sobre la clase media al considerarla una construcción histórica contingente que, por tanto, ha variado a lo largo del tiempo y el espacio.<sup>5</sup> Asumo, con los desarrollos deudores de E. P. Thompson, la importancia otorgada en esa construcción a lo cultural, lo simbólico y lo imaginario, y entiendo que esa dimensión solo puede comprenderse en relación con las condiciones materiales, sociales y políticas. Es decir, concibo a la clase media en la intersección de las prácticas y las representaciones que involucran luchas, experiencias e ideas de sujetos concretos insertos en la tra-

<sup>3</sup> Raymond Williams, *Sociología de la cultura*, Buenos Aires, Gedisa, 1981, p. 13.

<sup>4</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1986, y Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1999.

<sup>5</sup> Dror Wahrman, *Imagining the Middle Class. The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1995. Para América Latina, véanse David Stuart Parker, *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1998; y Brian P. Owensby, *Intimate Ironies. Modernity and the Making of Middle-Class Lives in Brazil*, Stanford, Stanford University Press, 1999. Los aportes más recientes sobre este tema para Argentina pueden verse en la nota 8.

ma de sus relaciones sociales.<sup>6</sup> Entiendo que esos procesos abarcan una escala local y nacional de indudable importancia, pero que, en ciertas coyunturas o dimensiones, dichos fenómenos asumen —o quedan atravesados de— una dinámica transnacional.<sup>7</sup> Este enfoque dialoga con las discusiones sobre el origen de la clase media y su significación política y social, abiertas por la nueva historiografía de la clase media en Argentina que ha puesto de relieve su carácter problemático y construido.<sup>8</sup>

La segunda apuesta supone entender la articulación de lo cotidiano y lo familiar con lo político como una dimensión decisiva de lo social. Es en ese cruce que los sujetos entablan relaciones, confrontan con otros y moldean sus valores y costumbres. En especial, retomo los presupuestos de los pioneros estudios de la historia social y feminista que llamaron la atención sobre la importancia de la cotidianidad doméstica en la constitución de las clases medias europeas en el plano material, pero, también, en la estructuración de actitudes, valores e imágenes que modelaron, distinguieron y afirmaron su identidad. Con esta perspectiva, considero que las formas de comportarse y concebir las relaciones familiares contienen un sello político e ideológico en tanto suponen relaciones de poder dentro y fuera de la familia que articulan desigualdades de género, generacionales y de clase.<sup>9</sup> Esta apuesta ha sido explorada fructíferamente para América Latina, donde los valores familiares, morales y sexuales fueron decisivos en la constitución de las jerarquías sociales.<sup>10</sup> En ese sentido, para Argentina, en las primeras décadas del siglo xx, la familia fue una dimensión central de las formas de diferenciación social. Las aspiraciones

<sup>6</sup> Con dicho enfoque, véase, especialmente, Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes. Men and Women of the English Middle Class 1780-1850*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002. Me he inspirado también, directamente, en E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, t. 1, Barcelona, Crítica, 1963.

<sup>7</sup> Véase una valoración de esta dimensión en A. Ricardo López y Barbara Weinstein, *The Making of the Middle Class. Toward a Transnational History*, Durham y Londres, Duke University Press, 2012.

<sup>8</sup> Véanse Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009; Enrique Garguin, “El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina”, en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, núm. 4, septiembre-octubre de 2007, pp. 85-108; y Sergio Visacovsky y Enrique Garguin, *Moralidades, economías e identidades de clase media*, Buenos Aires, Antropofagia, 2009.

<sup>9</sup> Me han sido especialmente sugestivos Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes*, *op. cit.*, y Mary Jo Maynes, “Cultura de clase e imágenes de la vida familiar”, en David Kertzer y Marzio Barbagli, *Historia de la familia europea. La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, vol. 2, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 297-337.

<sup>10</sup> Para América Latina, en relación con la clase media, véase Brian P. Owensby, *Intimate Ironies*, *op. cit.* De modo más general, Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Familias iberoamericanas. Historia, identidad y conflictos*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 199-214, y Pablo Rodríguez (coord.), *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, Bogotá, Convenio Andrés Bello y Universidad Externado de Colombia, 2004.

de respetabilidad de los nuevos sectores sociales en ascenso —los “advenedizos” que inquietaban a la alta sociedad— calaron en forma paradigmática en sus comportamientos familiares. No solo porque la familia fue importante en las estrategias para mejorar la posición social, como sucedió con la reducción de la natalidad o las inversiones en la educación, sino también porque dotó de identidad a esos sectores, permitiéndoles asociar ciertos criterios morales con su posición social. En ese proceso, puede pensarse que la clase media urbana se convirtió en el vector de una normatividad social que la excedía por el mismo efecto de la naturalización de un estándar que concebía las diferencias como desviaciones.<sup>11</sup> Justamente, los jóvenes contestatarios de los años sesenta desafiaron —de diferente modo y con disímiles alcances— ciertas bases de esos mandatos familiares y, con ello, abrieron poderosas contiendas sobre los valores de la clase media y su papel en la sociedad argentina, que explícitamente conectaron lo familiar y lo político.<sup>12</sup>

La tercera apuesta consiste en valorizar el humor para comprender lo social en línea con la tradición inaugurada por Mijaíl Bajtín, para quien ciertos aspectos esenciales del mundo son solo accesibles mediante la risa.<sup>13</sup> Sabemos que lo que concebimos risible varía en el tiempo y en el espacio social, pero, además, es necesario considerar que la risa ha cambiado en sí misma. La risa popular carnavalesca —desacralizadora de las jerarquías sociales— de Gargantúa y Pantagruel, que descubrió Bajtín, convivió más adelante con nuevas modulaciones. La risa desencajada del exceso pantagruélico, como nos ha explicado Emilio Burucúa, fue asociándose progresivamente al desenfreno y al pecado en la Europa poste-

<sup>11</sup> Retomo aquí mi planteo en *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, pp. 14 y 15. La bibliografía sobre la conexión entre las formas familiares y las dinámicas de diferenciación social es extensa. Véanse Marcela Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 51-71, y Eduardo Míguez, “Familias de clase media: la formación de un modelo”, en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en Argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 21-45. Consúltense también Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina*, op. cit., pp. 77-85, Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008; Mateo García Haymes, “La Liga Argentina de Profilaxis Social y la construcción de una moral sexual para los sectores medios (1921-1931)”, Buenos Aires, 2013, inédito.

<sup>12</sup> Al respecto, véase Isabella Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, op. cit. En cuanto a la conexión entre lo político y lo cotidiano, véase Isabella Cosse, Valeria Manzano y Karina Felitti, *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2010. En un sentido similar, Valeria Manzano, “The Making of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality (1956-1976)”, tesis de doctorado, Bloomington, Indiana University, 2009, y Karina Felitti, *La revolución de la píldora. Sexualidad y política en los sesenta*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

<sup>13</sup> Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1993.

rior al siglo xvi, momento en el que surgía una risa que apuntaba a encontrar la verdad en el interior de un sujeto individualizado.<sup>14</sup> En esa línea, se ha propuesto una correspondencia entre la cultura burguesa y la emergencia del “sentido del humor”, como noción en sí misma, en el marco de una sensibilidad que hizo de la simpatía un valor y colocó lo risible en una nueva subjetividad interior tensionada por el carácter anónimo y burocrático de la sociedad capitalista.<sup>15</sup>

En los términos más amplios usados por Peter Berger, notemos que el humor “funciona de manera sociopositiva reforzando la cohesión del grupo” y favorece la “autorreflexividad social”: traza las fronteras del grupo y define ipso facto quién no pertenece a este. Reírse es una práctica que presupone sentidos compartidos que vuelven inteligible el humor porque este requiere una audiencia familiarizada con los temas que convoca. A ello apuntaba Sigmund Freud —en la Viena burguesa del novecientos— cuando explicaba que reírse con otro expresaba la existencia de una amplia concordancia psíquica.<sup>16</sup> También, advertía sobre la importancia de la ironía —es decir, enunciar lo contrario de lo que se quiere comunicar—, a la que concebía como una forma particular de comicidad, diferente del chiste. Desde esta óptica, Berger identificó un tipo de humor conceptual que utiliza juegos intelectuales y tiene una función cognitiva, mediante el uso de la paradoja y la ironía con la que desvela una realidad a partir de sus incongruencias.<sup>17</sup> Con este ángulo, retomo aquí la idea de que el humor tiene motivos y efectos sociales y políticos. Ha sido usado para movilizar simpatías y apoyos, construir identidades e intervenir en luchas y conflictos. En esta clave, asumo las preocupaciones de una historia social del humor que lo sitúa en la intersección misma entre lo personal y lo colectivo, lo privado y lo público, y lo considera un lente poderoso para la comprensión de los fenómenos sociales.<sup>18</sup> Así, una historieta supone los textos y las imágenes que la componen, pero, también, las

<sup>14</sup> Esa es mi lectura de Emilio Burucúa, *La imagen y la risa*, Mérida, Periférica, 2007, pp. 100-102. Para un momento anterior, José Emilio Burucúa, *Corderos y elefantes. La sacralidad y la risa en la Europa de la modernidad clásica (siglos xv al xvii)*, Buenos Aires y Madrid, Miño y Dávila, 2001.

<sup>15</sup> Daniel Wickberg, *The Senses of Humor: Self and Laughter in Modern America*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1998.

<sup>16</sup> Sigmund Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras completas*, t. VIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1999, p. 166.

<sup>17</sup> Peter Berger, *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Barcelona, Kairos, 1999, pp. 109-222.

<sup>18</sup> En términos de un programa historiográfico, véase Sandra Swart, “Towards a Social History of Humor. The Terrible Laughter of the Afrikaner”, en *Journal of Social History*, vol. 42, núm. 4, verano, 2009, pp. 889-917.

prácticas involucradas en su producción, circulación y apropiación por parte de quienes la leen, la discuten y la usan.<sup>19</sup>

En Argentina esas preocupaciones estuvieron presentes en los análisis pioneros que concibieron a la historieta —y al humor gráfico— como territorio de indagación intelectual. Esos estudios proponen que en los años treinta y cuarenta la consolidación del campo humorístico —encarnado en la revista *Rico Tipo*— ofrecía una línea costumbrista que parodiaba y satirizaba el barrio y la familia de las clases populares y la emergente clase media.<sup>20</sup> Por su parte, las investigaciones más recientes han ofrecido una rica reconstrucción que pone de relieve el vigor de la producción humorística y de sus canales de circulación y consagración.<sup>21</sup> Estos estudios acuerdan que en los años sesenta surgió una nueva generación que refundó los espacios humorísticos con la creación de revistas —como la emblemática *Tía Vicenta*— y la incorporación de secciones o páginas en diarios y publicaciones de interés general. Ese renacimiento instaló un estilo abierto al surrealismo, al absurdo y al humor negro que utilizaba el entrecruzamiento de géneros y exigía un papel activo a los lectores a los que apuntaban las ironías y las parodias satíricas. Ese humor jugó un papel decisivo en las contiendas políticas: criticó a los gobiernos, denunció la censura y forjó adscripciones ideológicas.<sup>22</sup> También, en la

<sup>19</sup> Véase esa perspectiva en Anne Rubenstein, *Bad Language, Naked Ladies and Other Threats to the Nation. A Political History of Comic Books in México*, Duke, Duke University Press, 2003. Para el caso de Argentina y focalizando en la imagen, véase Marcela Gené y Laura Malosetti Costa, *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

<sup>20</sup> Jorge B. Rivera, “Historia del humor gráfico argentino”, en Aníbal Ford, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano, *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985, pp. 106-140. Véase, también, Carlos Trillo y Alberto Broccoli, *El humor gráfico*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, col. La historieta popular, núm. 69, 1972. Para la identificación de una risa “piadosa” en relación con la clase media, véase Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina*, op. cit., pp. 223-226. En cuanto a lo familiar, véase Marcela Gené, “Varones domados. Family strips en los años veinte”, en María Isabel Baldassarre y Silvia Dolinko (eds.), *Travesías de la imagen. Historia de las artes visuales en la Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Centro Argentino de Investigadores de Artes y EDUNTREF, 2011, pp. 95-118.

<sup>21</sup> Véanse Andrea Matallana, *Humor y política. Un estudio comparativo de tres publicaciones de humor político*, Buenos Aires, Eudeba, 1999; Judith Gociol, *La historieta argentina. Una historia*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000; Laura Vázquez, *El oficio de las viñetas. La industria de la historieta en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

<sup>22</sup> Son numerosos los trabajos en esta línea. Remito aquí a Pablo de Santis, *Historieta y política en los '80. La Argentina ilustrada*, Buenos Aires, Letra Buena, 1992; entre los más recientes para el período de estudio, véanse Florencia Levín, *Humor y política en tiempos de represión. Clarín 1973-1983*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; Mara E. Burkart, “Humor. La risa como espacio crítico bajo la dictadura militar 1978-1983”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011, y Marcela Gené, “Risas, sonrisas y carcajadas en tiempos de Perón. Pasando revista al humor político”, en Claudia Soria, Paola Cortés-Rocca y Edgardo Dieleke (eds.), *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 88-102.

línea que profundizaremos en este libro, dialogó con la identidad de clase media.<sup>23</sup>

Quino fue parte de esa renovación. Con su lápiz y su genio, creó un personaje formidable: leído por millones, utilizado en luchas políticas y sociales, capaz de impactar en la subjetividad de adultos, jóvenes y niños, varones y mujeres, de diferentes generaciones y países. No han faltado situaciones en las que me he sentido abrumada por las inagotables reverberaciones —muchas inauditas— de *Mafalda*. Logré seguir adelante con el desafío porque, afortunadamente, pude valerme de los numerosísimos ensayos que la han pensado. El análisis pionero de Umberto Eco puso de manifiesto su dimensión contestataria y generacional.<sup>24</sup> Por entonces, Oscar Masotta resaltaba su relación con una ideología liberal o de la pequeña burguesía, en lo que coincidió Oscar Steimberg, quien además propuso que *Mafalda* marcó el pasaje de la historieta social a la historieta psicológica en Argentina.<sup>25</sup> Estos estudios señeros dieron lugar a muchas investigaciones que han analizado el humor conceptual de Quino con las preocupaciones del campo de la comunicación social, la lingüística, la semiótica y la imagen gráfica. Estos trabajos han priorizado el análisis de las estructuras narrativas, el diálogo establecido entre las imágenes y el texto, las estrategias humorísticas y el contexto de la producción de la historieta.<sup>26</sup> Otra serie de investigaciones han propuesto el camino inverso: han estudiado la tira para leer en ella lo social y lo político. Desde este ángulo, la han puesto en relación con la coyuntura política y con fenómenos como las relaciones intergeneracionales, las transformaciones familiares y la identidad nacional en Argentina.<sup>27</sup>

<sup>23</sup> Una visión pionera en Jorge B. Rivera, “Historia del humor gráfico argentino”, *op. cit.*, pp. 120-125. Entre los desarrollos actuales, remito a mi texto “Mafalda: Middle Class, Everyday Life, and Politics in Argentina (1964-1973)”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 94, núm. 1, 2014, pp. 35-75; Valeria Manzano, “Contra toda forma de opresión: Sexo, política y clases medias juveniles en las revistas de humor de los primeros 1970”, en *Revista Sociohistórica*, núm. 29, primer semestre, 2012, pp. 9-42. Los dos avances fueron presentados en versiones iniciales en las Jornadas Interdisciplinarias: Risas en la historia. Vida Cotidiana, Familia, Género y Sexualidades en la Argentina a través del Humor (1910-2010), Universidad de San Andrés, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IEGE) de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1º y 2 de julio de 2010.

<sup>24</sup> Umberto Eco, “Prólogo”, en Quino, *Mafalda, la contestataria*, Milán, Bompiani, 1969, pp. 1 y 2.

<sup>25</sup> Oscar Masotta, *La historieta en el mundo moderno*, Barcelona, Paidós, 1970, p. 145. Oscar Steimberg, *Leyendo historietas. Estilos y sentidos en un “arte menor”*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977, pp. 174-176.

<sup>26</sup> Además de los estudios ya mencionados de Oscar Steimberg, véase, especialmente, Claire Latxague, “Lire Quino: poétique des formes brèves de la littérature dessinée dans la presse argentine (1954-1976)”, tesis de doctorado, Université Stendhal-Grenoble 3, Université de Grenoble, 2011.

<sup>27</sup> En cuanto al contexto político y social, véase Juan Sasturain, “Mafalda en tres cuestiones” y “Mafalda sin libertad”, en *El domicilio de la aventura*, Buenos Aires, Colihue, 1995, pp. 167-177. Para un estudio focalizado en la identidad nacional, véase David William Foster, “Mafalda: An

Para esta investigación me he nutrido intensamente de estos aportes pero, también, al leerlos notaba que tenía entre manos una mirada nueva. Mi esfuerzo apunta a trabajar la conexión per se entre ambos niveles —la tira y lo social— y realizar una reconstrucción netamente histórica. La estrategia analítica, entonces, apuesta a reponer la historicidad de *Mafalda* mediante la contextualización de la tira y su colocación en una dimensión diacrónica. Concretamente, el análisis atiende a la producción, la circulación y las variaciones de la significación y los usos de la historieta desde su surgimiento hasta la actualidad. Este recorte supuso pensar la intervención de Quino como creador de la tira —lo que exige considerar su trayectoria, su estilo artístico y su método de trabajo— y una voz que ha intervenido, desde su legitimidad como autor, para resignificarla. Adelanto, sin embargo, dos cuestiones. La primera es que el dibujante nutre su inspiración artística de una introspección y una reflexión filosófica surgidas de la observación atenta de la realidad. Con un método intuitivo, *Mafalda* fue haciéndose a partir de los contextos de producción, los requerimientos creativos y las coyunturas socioculturales y políticas. La segunda es que la voz de Quino —aunque autorizada— de ningún modo hegemonizó los sentidos de su creación. Por el contrario, la historieta fue objeto de interpretaciones, usos y apropiaciones por parte de sujetos que asumieron a *Mafalda* como propia, desconociendo las perspectivas del dibujante.

Mi pregunta de investigación, entonces, involucra dos objetivos. Por un lado, exige reconstruir la producción y circulación de la historieta. Eso significó colocar mi atención en la creación de la tira, las características de los medios en los cuales fue publicada y a qué públicos estaban dirigidos. Por el otro, requiere reponer las críticas y los debates generados por *Mafalda* y las apropiaciones de la historieta, y contextualizarlos con los procesos sociales, culturales y políticos que atravesaban a sus públicos en cada momento histórico. Con este ángulo, el estudio

---

Argentina Comic Strip”, en *Journal of Popular Culture*, vol. 14, núm. 3, 1980, pp. 497-508, y con un enfoque algo diferente “Mafalda: Ironic Bemusement”, en *From Mafalda to Los Supermachos. Latin American Graphic Humor as Popular Culture*, Boulder y Londres, Lynne Rienner, 1989, pp. 53-64. En relación con la familia, véase Catalina Wainerman, *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?*, Buenos Aires, Lumiere, 2005, pp. 69-71. En cuanto a la educación, María Laura Suárez, “La representación de la educación en Mafalda”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Carrera de Comunicación Social, 2011. En cuanto a lo urbano, véase Héctor D. Fernández L’Hoeste, “From Mafalda to Boogie. The City and Argentine Humor”, en Eva P. Bueno y Terry Caesar (eds.), *Imagination Beyond Nation*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1998, pp. 81-106, y en cuanto a la vivienda, véase Rosa Aboy, “Mafalda en casa. Departamentos de clase media y vida cotidiana en los años sesenta”, en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo*, núm. 41, 2011, pp. 179-188.